

sentidos: el bruto superior es imaginacion y sentidos; el bruto inferior, en aquel mundo misterioso en que la vida se desvanece y llega por grados insensibles á su última expresion; en que la planta siente, y la Botánica y la Zoología parten dudosamente sus términos, representa el sentido puro, el último grado inferior del conocimiento. El hombre, centro real de la creacion, es todo á la vez: sentido, imaginacion, inteligencia.

Pero aunque unidas en el hombre, no por eso se confunden en él, ni fuera de él. El sentido, la imaginacion y la inteligencia, no son tres matices de una misma luz, son tres luces distintas; no son tres dialectos de un mismo idioma, ni tres idiomas nacidos de un mismo padre, son tres idiomas diversos; no son tres cantidades de una misma cosa, son tres cosas distintas. De suerte que el sentido perfeccionándose, nunca llegaria á ser imaginacion; y la imaginacion, adelantando y adelgazándose, nunca llegaria á ser inteligencia. El sentido revela el hecho material, individual y grosero: la imaginacion le desata el primer nudo, y le extiende, le dilata y le combina: la inteligencia rompe todas las ligaduras, y se queda con lo abstracto y general. Por el sentido, veo un triángulo, siempre material y determinado. Cierro los ojos, y ¡oh asombro! le veo, si no con más viveza, sí con mayor perfeccion, porque esta vision nueva la puedo llevar

conmigo á donde quiera que vaya, puedo cambiar sus dimensiones y sus partes á mi talante, y se me permite combinarla con otras ciento y con otras mil. Sin embargo, siempre que me imagine el triángulo, ha de ser uno y determinado, y necesito borrar una imágen en el lienzo de mi alma para que aparezca otra. ¿No habria manera de representarme todos los triángulos á la vez? ¿No podré pintar en alguna parte de mi sér aquello en que convienen todos los triángulos que he visto, y los posibles que no he visto, sin aquello por que se distinguen y separan? Este es el tránsito que jamás hará el perro que vió conmigo el triángulo ó un objeto cualquiera, y se lo imagina acaso mejor que yo, así despierto como dormido. Este es el puente que sólo nosotros podemos andar, el conocimiento científico propio del hombre, el paso por el cual se separa de todo lo sensible, y entra en el mundo de los suyos, en el mundo intelectual. ¡Inclinaos, Señores, ante la grandeza del hombre! y reconocedla en la definicion más sencilla, la del triángulo: todo espacio cerrado por tres lados y tres ángulos!

Y ¿qué seria si siguiésemos ahora á los sabios espiritualistas en su camino, y levantándonos de esa idea elemental que es capaz de adquirir un niño, preguntásemos con ellos: ¿el triángulo es bueno? ¿el triángulo es verdad? ¿el triángulo

es sér? ¡qué cuestiones, Señores! ¡á donde nos llevan! y cuán léjos estamos ya del polvo que poco ha manejábamos, y cuán cerca nos puede poner un sér cualquiera, de Dios!

¿Y qué dirémos del positivismo actual, que quiere que todo sea física pura, no sólo la ciencia del universo, sino la ciencia del hombre excluyendo el alma, y la ciencia de la sociedad y de la Historia, excluyendo para ello el libre albedrío? ¿Que no ve en el hombre más que fenómenos físicos y químicos, ni en la sociedad más que una masa ciega, que se precipita con velocidades proporcionales á los cuadrados de los tiempos? ¿No es este el espíritu de todas las ciencias modernas? ¿No es esta la raíz de todos los males actuales?

Dejando á un lado otros muchos puntos, esa confusion de la imaginacion con la inteligencia, error al parecer inocente, es raíz fecunda de innumerables males. De ella proceden como hijos suyos legítimos, el materialismo, el orgullo, el sensualismo y la incredulidad presentes. El materialismo, porque si todo lo que conocemos es imaginable, todo es cuerpo, una vez que la imaginacion sólo puede representarse los cuerpos. El orgullo, porque el hombre manda y subyuga á la materia, que le es evidentemente inferior. Si la materia es todo, si fuera de ella no hay nada, el hombre es superior á todo, todo lo domina el

hombre, el hombre es Dios. El sensualismo; porque si no hay más que los goces de los sentidos, si no podemos alcanzar ni esperar otros mejores ¿qué enseña la más mediana prudencia sino que nos apresuremos á gozar y á apurar eso poco, que es lo único que da la vida? La incredulidad, por último; porque si negamos las ideas puras que nos enseña la inteligencia, sólo porque no las alcanzan la imaginacion y los sentidos ¿cómo hemos de aceptar las enseñanzas de la fé, que son inaccesibles á la misma inteligencia? Y ¿cuál es el remedio opuesto á estas terribles afirmaciones, sino una filosofía que sepa sentar los principios opuestos, para deducir de ellos las opuestas consecuencias?

La Filosofía cristiana no desdeña la Física, pero no le permite enseñorearse de todo, y la contiene en sus justos y para ella gloriosos límites. La ama porque le es necesaria, y la necesita como el edificio espléndido las piedras labradas, ó como la flor necesita la tierra húmeda y tibia de donde brota. Pero despues de contemplarla, la lleva á donde por sí sola no puede llegar.

Para esa Filosofía, el mundo material es un pórtico grandioso de otros mundos mejores. Distinguiendo cuidadosamente las facultades humanas, las considera distintas, precisamente por que pertenecen á órdenes diversos de séres. Si

Dios nos ha dotado de tres facultades propias para conocer, es, Señores, porque hay tres mundos diversos de que podemos y debemos tener conocimiento, porque á los tres pertenecemos: el mundo de las sensaciones, el mundo de la imaginacion, y el mundo de las ideas. Y como todo conocimiento produce amor de su mismo órden, el conocimiento de los sentidos produce el instinto; el de la imaginacion, las pasiones; el de las ideas la voluntad.

Son tres órdenes de bien, que se conocen y se aman de maneras distintas. El bien corpóreo, pasajero é individual, se conoce por el sentido, y se ama por el instinto; el bien sensible pero constante, habitual, hermoso, se conoce por la imaginacion, y la pasion es la que le ama; el bien general, abstracto, se conoce por la inteligencia, y se ama con la voluntad. El animal tiene sentidos, y tiene imaginaciones constantes producidas por ellos; por eso tiene instintos y es arrebatado por pasiones. El hombre lo tiene todo; y por eso, sobre sus instintos, tiene sus pasiones más nobles que ellos; y sobre sus pasiones, tiene su voluntad, reina de todas las facultades, que le constituye á él rey de sí mismo y de todas las cosas, dándole el poder terrible y soberano del sacrificio! El sacrificio no quiere decir, Señores, sino que esos mundos están subordinados, y que cada uno de ellos debe

sugetarse, aunque le sea doloroso, al que le es superior en comprension y en altura. El órden de los sentidos, al de las pasiones y la imaginacion; ésta, al del entendimiento y la voluntad. Es decir, el mundo visible al mundo del arte, el mundo del arte, al mundo superior de la ciencia.

Aquí es ya necesario que yo complete mi pensamiento. Despues que el hombre ha subido esa escala de mundos, despues que ha pasado por los sentidos á la imaginacion, y por ésta á las ideas; despues que ha entrado al mundo de los espíritus, entrevé todavia á lo léjos otro mundo, el mejor de todos, la base y el coronamiento de todos, la luz de la luz, la idea de la idea, el principio de los principios, el mundo divino. La razon sola puede, es cierto, acercarse á Dios: ella demuestra su existencia y algunos de sus atributos; pero enseña tambien que es un Ser vivo, cuya vida se reasume como la de todo espíritu en una inteligencia y en una voluntad. La fé me es necesaria para conocer los pensamientos íntimos, y las voluntades de un hombre, que me revela sus secretos por ese medio asombroso de la palabra. ¿Cuáles son, pues, los pensamientos de Dios? ¿Qué quiere, qué piensa, qué proyecta? ¿Cuáles son los pensamientos de aquella inteligencia soberana? ¿Cuáles las determinaciones de aquella voluntad, que no tiene leyes ni motivos, sino dentro de sí?

¿Qué cosa es, Señores, una palabra? ¿Habeis pensado en ello? Una palabra es un sonido, ménos fuerte que el rugido del leon, ménos armonioso que el canto de un zentzontle; y sin embargo, tiene más poder que el uno y más dulzura que el otro: porque revela una idea, porque encierra un pensamiento, porque nos abre un mundo. Pues bien: el universo visible es una palabra de Dios, palabra que nos dice un pensamiento suyo, que nos revela el mundo de los espíritus. Y el mundo de los espíritus, es otra palabra de Dios, palabra que nos dice algo del mundo divino. Pero no es más que una palabra, que, á pesar de ser tan grande, no dice á mi alma todo lo que ella necesita saber de Dios. Para ésto no basta una palabra, sino que es preciso que Dios sea mi amigo, que me sienta á su lado, y puesta su mano en mi hombro, y sus ojos en mis ojos, me revele lo que quiere y lo que piensa, en una conversacion íntima. ¿Merece el hombre esta intimidad del que le crió? No la merece. ¿Podrá llegar á ella por los esfuerzos de su razon? Tampoco. ¿Pero es indigna de Dios esta condescendencia? ¿La tendrá alguna vez? La ha tenido, Señores, vosotros lo sabeis bien; y esta es la revelacion!

Desde entónces, el conocimiento del hombre se completa, su ciencia es perfecta. Sentidos, imaginacion, inteligencia, estos son los ojos del hombre, á los cuales ha querido Dios agregar el

más perfecto de la fé. Abrid vuestros ojos de carne, y veréis las cosas á la luz del mundo; abrid los de vuestra imaginacion, como los artistas y los poetas, y veréis las cosas á la luz de vuestra alma; abrid los de vuestra inteligencia, como los sabios, y las veréis á la luz de la razon; abrid los de vuestra fé, como los cristianos, y las veréis, Señores, á la luz de Dios. Una luz lleva á otra luz, como un fuego á otro fuego; y no hay más que dejarse llevar para llegar hasta el fin. Aquí cada luz trae su calor, y cada conocimiento su amor. Los sentidos producen el instinto, la imaginacion los arranques que llamamos pasiones, la inteligencia la voluntad, y la fé, que todo lo termina en la tierra, produce la caridad que todo lo perfecciona!

Así es como la filosofía cristiana, la filosofía completa, que no se detiene en los umbrales de la verdad, sino que penetra hasta el fondo, camina de grado en grado desde los más humildes conocimientos, hasta los más sublimes que el hombre puede alcanzar. Así es como prepara y conduce á la fé; y por eso el mundo de los sentidos, el mundo de la ciencia moderna, ella no le considera más que de paso, y no puede permanecer allí largo tiempo. Le contempla, le admira; pero le urge pasar adelante, y no puede detenerse. ¿Qué queréis? le llama la verdad en manifestaciones más altas, y deja á los que no pue-

den ó no quieren oírla, el cuidado de describirle el camino, á ella, que ántes que todo aspira al término. Otros por eso la despreciarán acaso; yo por ello la admiro, y quisiera seguirla. Ella me enseña á amaros, y quisiera seguirla con vosotros; pero si no he logrado hacérosla amar, si mis fuerzas me han traicionado, contempladla en Tomás de Aquino, en aquel que la representa en su persona, y cuyo nombre, repetido hoy por tantos ilustres labios, es ya por sí mismo una esperanza!

Su frente, aunque jóven, resplandece con sesenta siglos de tradiciones. Por su boca hablan Jerusalem y Atenas, el monte Pindo y el monte Sion. Las ciencias, dispersas ántes, él las reunió sin confundirlas; y corrió por él desde entónces, regando la Iglesia de Dios, el rio caudaloso y manso de la sabiduría. Hecho para conocer la verdad y para enseñarla, sus pasiones son como aquellas fieras de la Escritura, dominadas y conducidas por un niño. Su semblante tiene el candor de una vírgen, la majestad real que heredó de Tancredo, y algun rasgo divino de Moisés y de San Pablo. Leyendo sus libros, nos parece que contemplamos el firmamento; siempre el mismo, á pesar de las tempestades de la tierra, y de las mudanzas de los cielos. Los principios eternos brillan allí como soles lejanos; entre uno y otro hay como en el cielo abismos, océanos oscuros

que nos enseñan la mejor ciencia, la de nuestra ignorancia. Como á Salomon, los sabios y los ancianos le escuchan con el dedo en los labios; y sus discípulos son los maestros del mundo. Allí aprendió Suarez á discurrir, y á controvertir Belarmino; Bossuet supo allí su elocuencia sublime y arrebatada, y Lacordaire la suya, íntima, insinuante y tierna, como la voz de un amigo. Poeta de los espíritus, él enseñó á Dante á cantar la verdad, con acento encantado como las ilusiones, tan terrible como las más espantosas realidades. ¡Cómo ha podido desconocerse á ese hombre! ¡Cómo ha habido dias en la Historia, en que se le haya olvidado! ¡Por fortuna no son esos tiempos los nuestros que le reconocen, le admiran y le llaman: y en ésto hallamos tanta gloria, como si hubiésemos descubierto un nuevo sol!

HE DICHO.

---

Alternando siempre con la música, se prosiguió en la lectura de las otras piezas literarias; tocando desde luego el turno al Sr. Presbítero Lic. D. Tirso R. Córdoba, individuo correspondiente de la Real Academia Española y socio de número de la Mexicana, Promotor fiscal de este